

REVISTA
insurrección
Ejército de Liberación Nacional

Revista No.036 - 26 de mayo de 2005

Editorial

TRILOGIA PERVERSA PARAMILITARIZÓ EL PAÍS

Dos hechos que salieron a flote la semana anterior en los entretelones de la confrontación preelectoral, refrescaron verdades que conoce todo el país.

El uno son los nexos de la clase en el poder con los carteles de la droga y sus crímenes. La detención de Alberto Santofimio Botero acusado del magnicidio de Luís Carlos Galán, los puso en evidencia con este bombazo que no se esperaba y tiene temblando a más de uno ante la eventualidad que hable y los comprometa, diez y seis años después del crimen.

El otro "sacó de ropas" al presidente Uribe Vélez, cuando sus contradictores le recordaron que está oxigenando el narcoparamilitarismo sentado en Santa Fe de Ralito y que su gobierno ha facilitado la paramilitarización del país.

A estas dos verdades que encierran aspectos fundamentales del fondo del conflicto interno colombiano, le dieron prensa los primeros días y en los siguientes le bajaron el tono, como siempre sucede cuando se hacen este tipo de denuncias que terminan acalladas por el ruido de las motosierras, sencillamente olvidadas en algún cajón, desviadas para que se pierdan en el vacío o se penaliza a los que no son y nada deben.

Las denuncias quedan como un recurso electoral para ganar y quitar votos. Cesar Gaviria, Horacio Serpa y Peñalosa, entre otros contrincantes, no querrán ir más allá porque no están interesados en profundizar para que se desenrede el ovillo de la impunidad. Cuando fueron gobierno y pudieron investigar el cúmulo de crímenes y ponerle coto al narcoparamilitarismo tampoco lo hicieron.

Pero independientemente del motivo electoral que refrescaron aquellas verdades, es positivo que se reabra la investigación del crimen de Luís Carlos Galán, como también las de los crímenes de Jorge Eliécer Gaitán, Pardo Leal, Bernardo Jaramillo, Carlos Pizarro, Álvaro Gómez Hurtado, el General Landazábal Reyes, Héctor Useche, Aury Sara Marrugo, Manuel Gustavo Chacón, Jaime Garzón, entre otros muchos magnicidios que están enterrados bajo el manto de la impunidad.

Es necesario que se investigue y se agarre el hilo real que lleva hasta el centro "fascistoide" donde se tejen los magnicidios, genocidios y asesinatos selectivos y se conozcan los intereses reales que hay tras de ellos.

Que se esclarezca el genocidio de más de cuatro mil militantes de la Unión Patriótica y de otras organizaciones de la izquierda, el asesinato de cerca de tres mil sindicalistas y de cuatrocientos maestros en los últimos diez años, los cientos de masacres y miles de crímenes selectivos de líderes de la oposición política y social, de defensores de derechos humanos, campesinos, indígenas, afro descendientes, mujeres, académicos, periodistas, líderes estudiantiles y religiosos.

Que se saque a la luz la macabra maquinaria del terrorismo de Estado y su modalidad de guerra sucia, para que se conozca y no se vuelva a repetir en el país la tenebrosa noche de muertes y dolor que hoy vivimos. Que no se olvide y quede en la memoria colectiva del pueblo, para que éste no permita que se repita nunca más y los barones del crimen, dueños del poder, de la riqueza y la vida, no puedan volver a posar de "beneméritos hombres de bien".

Las denuncias y exigencias hay que mantenerlas, darles fuerza hasta esclarecer y parar la carnicería humana. Los muertos, desaparecidos, encarcelados y desplazados los ha puesto y los sigue poniendo el pueblo. Las balas y motosierras asesinas las ponen los gremios económicos, políticos y militares amancebados con el narcotráfico.

Hay que persistir en sacar a la luz la verdad del conflicto interno, las causas y los intereses agazapados que se camuflan tras falsas imputaciones para desnaturalizarlo.

Que se conozca que detrás de los crímenes de los sindicalistas de Coca Cola, de la industria del petróleo, de los alimentos, de la salud y la educación y de sectores de la industria y el comercio, están los dineros narcoparamilitares inyectados al aparato productivo del país que no admiten la existencia de sindicatos.

Que detrás de la muerte de los tenderos de Barranquilla y Bucaramanga está la mano asesina de Santa Fe de Ralito por apoderarse de la red de tiendas, que tras las muertes, atentados y amenazas a los trabajadores de la Refinería de Cartagena están los dineros mafiosos esperando que el presidente Uribe se la entregue privatizada, otra más que cae en sus manos pues ya tienen la refinería de Puerto Boyacá.

Es el mismo método con que se apoderaron de cinco millones de hectáreas, de los nueve millones cultivables que tiene el país, adquiridas al precio de cientos de masacres, miles de campesinos asesinados y tres millones y medio de desplazados. Al presidente Uribe le tocó su tajada en el departamento de Córdoba, donde tiene once mil (11.000) hectáreas colindantes con las de los jefes narcoparamilitares Carlos Castaño y Salvador Mancuso.

La lucha por recuperar la verdad hay que continuarla con firmeza para que se esclarezcan los crímenes y barbaridades hechas y que se siguen cometiendo. Para que se sepan los verdaderos motivos que se esconden tras el pretexto de la lucha contra la guerrilla, la defensa de la democracia y del Estado de derecho que solo existe en el papel. Para que el país conozca la recomposición política y económica que sufrió el país a partir de la década del cuarenta del siglo pasado,

última etapa de esta guerra en que estamos, impuesta por la oligarquía confabulada con el imperialismo.

Conocer la verdad, hacer justicia y resarcir los daños es el único camino para construir la paz estable y duradera con justicia social.

Todo lo contrario de lo que es la ley de "justicia y paz" cocinada por el gobierno de Uribe Vélez con los narcoparamilitares en Santa Fe de Ralito y que se está condimentando en el Congreso de mayoría paramilitar. Esta ley que supuestamente servirá para acordar la paz con el socio del Estado, que hace la guerra sucia contra el pueblo, está diseñada para obstruir la verdad, la justicia y no resarcir los daños sociales causados.

Está concebida para perdonar los delitos atroces y sanear los capitales acumulados a la sombra de la guerra sucia y del terrorismo del Estado, para "legitimar" el poder político impuesto a comunidades indefensas a fuerza de fusiles y motosierras, para consolidar el control en el Congreso, administraciones regionales y locales, universidades, el sistema de salud, parte del sistema financiero, del comercio, el campo y algunas industrias.

Es decir, la ley para acabar de **paramilitarizar** el país y afianzar la narco-república, establecida por la trilogía perversa de empresarios, políticos y militares amamantados con los dineros del narcotráfico y apoyados por los gobiernos de los Estados Unidos.

El horizonte que se vislumbra para Colombia es más oscuro que el actual y las posibilidades de solución política al conflicto interno, social y armado no se ven. Lo que se anuncia tras el proyecto uribista, contando con sus principales electores de Santa Fe de Ralito, es más de lo mismo, de lo que saben hacer los narcoparamilitares.

El reto para los revolucionarios, demócratas y sectores progresistas es trascendental: liberar el país de la paramilitarización y refundar la República que tenga como fundamento la soberanía del pueblo. Tenemos mucho por hacer confiando en el pueblo, siendo fieles a sus intereses y **aprendiendo a ser con otros**. Unidos somos capaces, es así.

Coyuntura Nacional

SANTOFIMIO BOTERO, URIBE VÉLEZ, PABLO ESCOBAR,

HARINA DE UN MISMO COSTAL

En Colombia los despeñaderos históricos siempre se han construido con fina maña por las clases dirigentes. Su egoísmo ancestral deviene de las formas congénitas de la República cuando triunfan los criollos de Santander sobre las ideas de Bolívar.

La oligarquía colombiana, que ha construido una maquinaria explotadora bien aceitada, donde cada cual cumple su papel, tiene en los políticos su mascarón de proa, su progenie fervorosa que levanta la armazón de la plusvalía y el miedo.

Son centenares de ejemplos, donde la impunidad se campea, donde los políticos y los militares, otra pata de la mesa oligárquica, conjugan sus fechorías y nada ocurre.

Un caso no muy particular es el de Santofimio, político tolimense, cuatro veces prisionero, asesor de presidentes y narcotraficantes, de paramilitares y reinas de belleza, de académicos y poetas, de banqueros y latifundistas.

Uribe hasta la médula, no era para menos, no resistió en tiempos de elecciones el soplo de un sicario y un colega, quienes lo vinculan al asesinato de Luís Carlos Galán, candidato presidencial en las elecciones más violentas de la historia de Colombia. Es una acusación de vieja data, que había pasado olvidada y que dentro de la campaña presidencial del candidato presidente y de los otros precandidatos revive con fuerza.

La detención del ex ministro de Estado, ex senador de la república, etc., Alberto Santofimio Botero expone a la opinión pública varios e interesantes cursos sobre los cuales se ha construido este pandemónium que es nuestra tierra colombiana.

1. La clase política siempre ha estado unida a los negocios y al dinero, no importan su procedencia ni su legitimidad.
2. La clase política siempre ha manejado el poder con una matriz violenta, incluso dentro de sus mismas huestes, utilizando o instrumentando sus propias formas de exterminio.
3. La clase política es una casta que se mantiene singularmente unida y sobre todo a partir del Pacto del Frente Nacional de 1958 que desdibujó por completo las fronteras ideológicas y como decía Gaitán conformaron el partido único de la oligarquía, que se dedica a administrar el Estado y exprimir las arcas públicas, estructurando una economía y una situación política y social que dé el máximo de plusvalía para los verdaderos dueños del país.
4. Para la clase política el problema no es ser amigo de los narcotraficantes, sino el descaro con que usted lo sea. O de los banqueros y usureros y los privatizadores, o de los paramilitares ladrones de tierra de los 90, o de los esmeralderos, o de los contrabandistas, o de los que se robaron las tierras en la violencia de los 50, o de los que asaltaron las propiedades de los alemanes en la década de los 40, o de los que se apropiaron del dinero del canal de Panamá, etc. hasta la llegada de Cristóbal Colon.
5. Siempre habrá impunidad, amnistías, espíritu de cuerpo. El proceso 8000 y sus anexos. Los mil y un peculados, los saqueos a los departamentos, desfalcos, estafas, autopréstamos, crisis del sector financiero, robos del erario, coimas, quiebras ficticias, tráfico de influencias, etc., que llenarían varios tomos de ignominia y venalidad.
6. El uso del magnicidio ha marcado a las clases gobernantes desde la colonia. Magnicidios impunes. ¿Quiénes mandaron a matar al Mariscal Sucre de quien Bolívar dijo que lo habían asesinado por que era su sucesor? ¿Quiénes dirigieron la mano asesina contra Jorge Eliécer Gaitán,

verdadero líder popular? ¿Quiénes diseñaron las muertes de Pardo Leal, hombre popular y de claro pensamiento, de Pizarro, de Jaramillo, de toda la Unión Patriótica, de los miles y miles de luchadores y dirigentes políticos que aún continúan entregando su sangre noble y solidaria?

7. ¿Quiénes mandaron a asesinar a Álvaro Gómez Hurtado, al profesor Jesús Bejarano y al General Landazábal Reyes, atentando además contra el inefable politólogo del establecimiento, sustanciador de la guerra integral de Cesar Gaviria, Eduardo Pizarro León Gómez?
8. ¿Quiénes mandaron a asesinar a los defensores de derechos humanos y políticos, Eduardo Umaña Mendoza, Alirio Pedraza, Héctor Abad Gómez, Jaime Garzón y muchos más?
9. ¿Quiénes mandaron a atacar a los sindicalistas y los maestros, quiénes amenazan sistemáticamente a los hombres democráticos y luchadores de nuestro pueblo, a los periodistas que rompen el cerco informativo?
10. ¿Quiénes crearon, alimentaron y mantienen la diabólica estrategia de las masacres contra nuestro pueblo, que conlleva el terror indiscriminado, realizada por los grupos paramilitares en clara concupiscencia con las Fuerzas Armadas del Estado colombiano?
11. ¿Quiénes permitieron que los asesinos de la motosierra y la barbarie se convirtieran en una fuerza política, a costa de la sangre de cientos de miles de colombianos, por encima de la dignidad, la ética y el honor de los colombianos, perfeccionando de hecho un régimen de ultraderecha, donde las omisiones, son la suma de la cobardía y la codicia de la clase política gobernante de nuestra nación?
12. ¿Quiénes se han enriquecido hasta lo indecible con este estado de cosas, con este orden económico inhumano, sustentado en la represión y el terrorismo de estado?
13. ¿Quiénes legitiman desde la propaganda de los medios de desinformación el status quo? ¿Quiénes son los dueños de estas empresas fabricantes de mentiras y de dominación? ¿De quiénes son Caracol Medios, RCN medios, El Tiempo, etc.?

Se podría continuar con decenas de preguntas más y la respuesta sería una catilinaria inequívoca: los verdaderos dueños de este país y sus empleados. Es decir la oligarquía y la clase política, los militares, los periodistas del régimen, los intelectuales adocenados.

Colombia es república desde 1819. Su recorrido histórico ha estado signado por el ejercicio de la violencia del Estado y las clases en el poder contra los pobres, los trabajadores, los intelectuales honestos. Ese es el eje sobre el cual se ha construido la tragedia nacional.

Álvaro Uribe Vélez, representante actual de todo este monstruoso arsenal de maquinarias conjugadas es el administrador de la finca de los verdaderos dueños de país (Santodomingo, Ardila Lulle, Sarmiento Angulo, Sindicato antioqueño, etc...)

Tiene expediente de la DEA, aparece activo en todos los libros apócrifos o no sobre el narcotráfico, él y su padre; mantiene una relación carnal, de vecindario y compadrazgo con Salvador Mancuso, capo paramilitar; su inicio político y personal está vinculado a Pablo Escobar y al clan Ochoa en Medellín, etc., etc. y

para vergüenza nacional es Presidente de la República de Colombia, con posibilidades de ser reelecto.

Alberto Santofimio es uno de los cientos que como Uribe Vélez han sostenido este monstruoso y criminal Estado, que en los últimos cincuenta años ha generado casi quinientas mil víctimas y un desastre social y humanitario de incalculables proporciones.

Los cursos de estos tiempos no son casuales. Los despeñaderos se reeligen, se reeditan y el signo de tragedia anda en contra de las genuinas ideas libertarias de Bolívar que viven aún en los hombres y mujeres que luchamos y soñamos con una Colombia digna, profundamente democrática, plena de ciudadanos honestos y trabajadores, con justicia social y soberana.

Aniversario

7 Y 8 DE JUNIO “DÍA DEL ESTUDIANTE CAIDO”

El movimiento estudiantil otro peldaño para la nueva Colombia

El reto constante que sobrecoge a la vida política y organizativa del movimiento estudiantil, se torna más esperanzador, porque se encuentra cada vez más vivo en el conflicto social y armado que vivimos los colombianos.

Nuestra juventud, esa que sufre pero que sigue soñando en su futuro, la que es hija de la clase trabajadora que hoy se debate contra las medidas económicas y políticas de Álvaro Uribe Vélez, se encuentra ante un futuro incierto y, por lo tanto, hoy enfrenta arduamente al Estado y su gobierno.

Las grandes batallas estudiantiles se conmemoran este 7 y 8 de junio, cuando se rinde homenaje al estudiante caído. En este aniversario el estudiante es convocado a revivir conciente y beligerantemente, el derecho que tiene de participar en la construcción de un nuevo país.

Recordamos hoy que en el año 1917 los estudiantes de Argentina lanzaron el manifiesto de Córdoba sembrando las ideas de que el estudiantado, y sobre todo el universitario, deberían convertir sus aulas en observatorios de los problemas y en laboratorios de fórmulas sociales.

En Colombia, a partir de 1929 el estudiante universitario además de sus exigencias como sector, asumió posiciones antiimperialistas y en defensa de los recursos naturales, como por ejemplo el abogar por la nacionalización de petróleo.

Ante esta verdad, la juventud organizada desde la academia, se tornó ávida de justicia y se volcó a la investigación social inspirada en el novedoso método marxista para comprender de mejor manera los orígenes y los desenvolvimientos socios políticos y culturales que han tenido lugar en cada uno de sus países, en el continente y el mundo.

Una vez que se tomó tal conciencia, su inconformismo se hizo científico y decidió asumir también la tarea de confrontar las formas como está diseñada la sociedad capitalista y la manera como ésta concibe el papel de la universidad.

Esas lides han dejado mártires como Gonzalo Bravo Pérez, asesinado el 8 de junio de 1929 (primer mártir estudiantil del siglo XX) y 25 años después conmemorando lo de Gonzalo, asesinaron a Uriel Gutiérrez, en cuyo entierro el día 9 de junio de 1954 (bajo el gobierno de Rojas Pinilla), a pesar de la legalidad de la marcha, el gobierno asesina a 8 estudiantes más.

Desde 1929 hasta nuestros días, los estudiantes, fundamentalmente los de las universidades y colegios públicos, han venido planteando con justa razón la necesidad de la defensa a la educación pública, y la Reforma Universitaria, reafirmando su compromiso con su país en el logro de una justicia social.

A comienzos de la década del 60 se continuó defendiendo dichas banderas, desde un profundo pensamiento antiimperialista y articulado al movimiento de masas. Grandes líderes estudiantiles de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y la Universidad Nacional de Bogotá, articulados en la Federación Universitaria Nacional (FUN) y con presencia activa en otras organizaciones como el Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano (MOEC), la Juventud Comunista (JUCO), la Juventud Revolucionaria Liberal (JRML), de los cuales destacamos a nuestro Comandante Manuel Vásquez Castaño, a Víctor Medina Morón, Armando Correa Valencia, etc.

Su papel transformador, su gran "chispa revolucionaria", al decir de nuestro Comandante en Jefe Camilo Torres Restrepo, convirtió al estudiantado en otro enemigo de la podredumbre que encarna la oligarquía criolla colombiana, representada en el bipartidismo tradicional, gestor histórico de la violencia política como medio para conservar el poder, el gobierno y la acumulación de las riquezas.

Aunque en tiempos diferentes, con situaciones políticas y sociales específicas, se mantienen las luchas estudiantiles por sus derechos, cuales son: **Derecho a la Educación Pública** con responsabilidad y financiación del Estado, **Autonomía Universitaria** con democracia en el ejercicio de su gobierno, **La libertad de Cátedra**, por un **Bienestar Universitario** como condición de calidad, por el derecho a la **Seguridad Social y el Trabajo** de los trabajadores y empleados de establecimientos educativos y por la **Libertad y el Respeto a los Derechos Humanos en la Universidad**.

A raíz de su clara posición política respecto a una Nueva Colombia y en el trasegar diario por la obtención de sus reivindicaciones juveniles y estudiantiles, hoy el terrorismo de Estado y la "seguridad democrática" del señor Uribe Vélez, responde con represión, no solo aniquilando a "su enemigo interno", sino que también, tal como lo hace con los trabajadores, los campesinos y los indígenas, los viene sometiendo a la estigmatización, a las detenciones masivas, al maltrato, al encarcelamiento y a la ocupación paramilitar como viene ocurriendo en la Universidad de Antioquia, la U. Nacional de Bogotá y Medellín, la de Córdoba y en los colegios de Barrancabermeja.

El primero de mayo del año en curso, en el desarrollo de la marcha por el "Día de los Trabajadores", cayó asesinado el joven estudiante NICOLAS DAVID NEIRA del colegio La Salle (Bogotá), crimen perpetrado por el Grupo Antidisturbios de la Policía Nacional (ESMAD). Murió defendiendo el derecho a la educación pública, como eslabón importante en el progreso y desarrollo de la nación.

Pero muy por encima de los obstáculos, el estudiante eleva su condición de transformador de la sociedad, por eso se revoluciona y se organiza. No está dispuesto a que la educación la conviertan en artículo de mercado, tal como el Tratado del Libre Comercio.

La no privatización del derecho a la educación se convierte hoy en una importante bandera a enarbolar por parte del estudiantado colombiano.

Por eso se niega a tener la condición de esclavo, al no permitir que se les violente la libertad de cátedra, cuya vulneración busca la apertura de carreras universitarias orientadas a la capacitación de mano de obra calificada y barata, que satisfaga las necesidades del sector financiero nacional y de las multinacionales que sostienen al imperialismo.

La juventud colombiana tiene claros los objetivos del neoliberalismo y sabe cómo los viene afectando. Entiende que la política del gobierno, a pesar de la supuesta "revolución educativa" del presidente, lo que ha generado son grandes recortes presupuestarios para la educación pública, carencia y disminución de maestros, cierres de colegios nocturnos, menosprecio y castración de una auténtica calidad académica, negada a la investigación social, a asimilar los adelantos de la ciencia y la tecnología.

Mientras la velocidad del crecimiento intelectual aumenta en Colombia en un 1%, en el mundo lo hace al 10%, es decir, el joven estudiante está nueve veces menos capacitado cada año.

Nosotros vemos con gran preocupación la situación por la que atraviesa el conjunto de nuestra juventud y el sector estudiantil. Por eso, saludamos el empuje organizativo que han venido fortaleciendo al calor de la lucha y de la comprensión de la importancia que tiene una verdadera educación como requisito esencial para el progreso integral de nuestra nación.

En esa batalla que hasta el momento se torna cotidiana, aspiramos todos a vencer a fuerza de coraje, unidad y organización. El movimiento estudiantil ha jugado su papel ganando experiencias, con enseñanzas, logros, retrocesos y nuevas perspectivas.

La tarea de todos es acompañarlos en la pelea por sus reivindicaciones, ganar en una unidad capaz de propiciar la exigencia a la solución política al conflicto social y armado, premisa fundamental en la construcción de un nuevo país.

Esa Nueva Colombia que nos proponemos diseñar tendrá que ser portadora de planes educativos que den certezas y alegren la vida y el futuro de nuestros jóvenes estudiantes. Una educación humanista y científica, que de la mano de la

investigación social y totalmente insertada en los problemas sociales, se planteen soluciones a los mismos.

Necesitamos garantizar una sociedad que haga del Estado un instrumento público facilitador y reafirmador de todos los derechos de los estudiantes para que de manera democrática, participen con sus ideas y decisiones en los destinos académicos de colegios y universidades, pero también en los destinos de su propio país.

Tenemos claro que la nación que necesitamos conformar, tiene que pasar por una nueva escala de valores que dinamice el ejercicio de una permanente reflexión sobre lo que ha sido y tendrá que ser la calidad del compromiso del estudiante y del profesional, tanto en lo individual como en lo colectivo.

Urge tener una Colombia que no asesine a sus estudiantes cuando se atreven a pensar en voz alta, práctica antidemocrática y criminal que desde 1929 se ha venido ejerciendo por parte de un Estado intolerante y excluyente.

Este 8 y 9 de junio se conmemora el 76 aniversario del estudiante caído. Esta jornada, además de la movilización callejera, es el compromiso del estudiante colombiano con su formación intelectual y humana, pero ante todo, esta efeméride es la invocación a su compromiso revolucionario, ese es su deber, esa su obligación.

Una revolución para nuestro país, debe pasar por el filtro de la responsabilidad, del deseo de superación, de la honradez, el respeto por el derecho a los demás, el amor al trabajo, la solidaridad, la autodeterminación y la independencia, valores entre tantos, que harán de todos nosotros una muralla indestructible en contra de la corriente del capitalismo salvaje, apocalíptico e inhumano.

El estudiantado colombiano es también protagonista en los destinos de Colombia. Es otro peldaño valioso que sin lugar a dudas hará parte de los otros que cimientan los trabajadores, los desempleados, los indígenas, campesinos, los intelectuales comprometidos con el progreso, en fin, todos los que soñamos con tener una patria libre independiente y soberana.

Coyuntura Internacional

BUSH Y URIBE CAMPEONES DEL CINISMO

La historia de las agresiones, genocidios, invasiones, violación de todos los derechos del ser humano por parte de Estados Unidos, empieza desde antes de su declaración de independencia de la Gran Bretaña (1776) y con creces la han enriquecido a través del tiempo transcurrido hasta estos inicios del siglo XXI.

Los pueblos nativos que habitaban el territorio yanqui fueron diezmados mediante métodos criminales, con la excusa absurda de que quienes eran ajenos a esas tierras eran sus antiguos y originales habitantes, porque la verdadera civilización venía de Europa, con los invasores.

Luego de esa ocupación brutal, durante más de dos siglos siguen creyendo que ellos son el modelo civilizatorio, que su modo de vida es el correcto y que el resto de la humanidad será feliz no solo en la medida que los imite, sino en la medida que acepte y sirva a sus intereses imperiales.

La lista de países invadidos a través del tiempo, en una o más ocasiones, en aras de sus intereses capitalistas es larga.

En Asia, África, América Latina y la propia Europa, millones de familias lloran los muertos que ha costado esa creencia. Millones de niños deformes, de personas enfermas, territorios enteros devastados por el poder destructivo de las dos bombas atómicas, de las explosivas, del NAPALM o el agente naranja, de las armas químicas y biológicas, los proyectiles con uranio empobrecido, son la consecuencia de su idea de civilización.

Durante más de dos siglos los adelantos científicos y técnicos han sido colocados por la élite imperial al servicio de la destrucción de la humanidad y del planeta. Sus centros de investigaciones – en su mayoría – cotidianamente buscan nuevos recursos y métodos para someter el mundo a su voluntad. Han secuestrado y sobornado a cientos de científicos y técnicos.

Son conocidas numerosas denuncias sobre su relación con nazis alemanes, de quienes aprendieron no solo a torturar, a interrogar prisioneros, sino sobre manejo de campos de concentración y fundamentalmente sobre su pensamiento.

Y es esa élite imperial la que hoy dice luchar contra el terrorismo.

No hay mayor acto de cinismo en toda la historia de la humanidad que este.

No hay mayor cobardía y espíritu servil que la de aquellos gobiernos que apoyan este absurdo criminal.

Cómplices son también los monopolios de comunicación que se han encargado de difundir tanto las lucecitas de las miles de bombas que han estallado en Afganistán, Irak, como las supuestas razones de esas agresiones y las amenazas dirigidas a quienes tienen el valor de resistir.

Porque por suerte para la humanidad hay gobiernos que se oponen al gran imperio, sabiendo que con ello se colocan en la mirilla, si es que no estaban ya en la consabida lista de “oscuros rincones”. Hay también millones de personas en todos los continentes que se han manifestado contra los designios de los neonazis.

Es imposible no destacar dentro de esas voces que se levantan con dignidad la de Cuba, pequeña en territorio pero gigante de dignidad, valor y solidaridad, y la Venezuela Bolivariana que lucha por su autodeterminación y desarrollo.

El caso del terrorista Posada Carriles ha expuesto ante el mundo entero la hipocresía y la doble moral que practican los halcones (con perdón de esos animales) de la Casa Blanca y el Pentágono.

Posada Carriles, agente de la CIA, es uno de los responsables de la voladura de un avión civil en pleno vuelo, donde murieron los jóvenes de un equipo de esgrima y varios ciudadanos de otras nacionalidades, participó en la planificación del asesinato del canciller chileno Letelier, ha planificado numerosos intentos de asesinato contra el Presidente Fidel Castro, así como de un sinnúmero de agresiones de claro matiz terrorista contra Cuba y otros países. Es además prófugo de la justicia venezolana.

La honda de David, una vez más ha dado en un punto clave al gigante arrogante y fanfarrón. Veremos si el presidente de Estados Unidos tiene que comerse sus propias palabras, cuando afirmó que un gobierno que alberga un terrorista, es terrorista.

Muchos son los estadounidenses que se resisten a que se siga encubriendo y protegiendo a Posada Carriles y otros de sus secuaces, que deben ser juzgados por actos terroristas no solo demostrados, sino incluso reconocidos por sus autores tanto intelectuales como materiales, de manera cínica.

Tampoco podemos dejar de lado el caso de Colombia donde, a coro con su amigo Bush, el presidente Uribe no solo se reclama adalid de la lucha contra el terrorismo, sino que se siente el demócrata que mejor interpreta la concepción yanqui de ese antiguo concepto político y se siente orgulloso de imitar y servir al gobierno más terrorista de la tierra.

La guerra genocida que se adelanta en nuestro país es distorsionada por los medios de comunicación, tanto nacionales como transnacionales, mientras la verdad del terror que recorre todos los rincones del país se oculta y solo algunas noticias y hechos reales logran colarse.

El engendro paramilitar fue desarrollado a instancias del Pentágono desde la década del 60 del siglo pasado. La guerra sucia que se ha ensañado en el movimiento social, en miles de dirigentes sindicales, campesinos, estudiantiles, políticos de izquierda y hasta de derecha, en humildes pobladores del campo y de la ciudad, ha sido a instancias de la asesoría gringa y del espíritu antipatriota de la oligarquía colombiana.

La ocupación de nuestro país se ha dado silenciosamente, como con anestesia, con el pretexto de que los colombianos somos narcotraficantes y terroristas. Se han instalado varias bases militares norteamericanas, hoy especialmente en la frontera con Venezuela, han llegado miles de soldados, oficiales y "asesores", amén de los miles de mercenarios que pasan como miembros de corporaciones con otras razones sociales.

Los megaproyectos de las transnacionales en nuestro país cuentan con el poderío militar del imperio, con la actitud servil de la élite colombiana y la experiencia criminal de paramilitares y militares colombianos.

Todo esto mientras la profundización y ampliación de la pobreza derivada del modelo neoliberal, impuesto a sangre y fuego, produce millones de muertes también.

Negar que el conflicto es social y político y afirmar que en Colombia lo que hay es un fenómeno de terrorismo, o como dicen Uribe y sus amigos gringos, de narcoterrorismo, es un cinismo mayúsculo.

Quien quiera conocer la verdad sobre el conflicto colombiano no solamente debe recurrir a la larga historia de entreguismo de la oligarquía colombiana (desde su conformación como república en el siglo XIX) sino examinar y analizar las estadísticas de desempleo, niños que trabajan, mortalidad infantil, desnutrición, en fin todo los indicadores que miden el nivel de vida de un pueblo.

Pero sobre todo detenerse a examinar los datos sobre las violaciones a los derechos humanos más elementales, los derechos laborales, civiles y políticos. El modus operandi del ejército gubernamental y de los paramilitares también comprobablemente gubernamentales, su dimensión numérica y geográfica. A cualquier humano normal le causan terror nada más leer y hay que preguntarse obligatoriamente cómo se han sentido sus víctimas y los que sobreviven a sus acciones.

El Estado colombiano es terrorista, esto ha sido demostrado reiteradamente por estudiosos del país y del extranjero. Su objetivo es paralizar por miedo cualquier protesta o resistencia. Colombia está siendo ocupada a sangre y fuego para servir a los intereses geoestratégicos de EEUU. Para convertirla en cabeza de playa en la agresión contra Venezuela, contra el movimiento social ecuatoriano y para apoderarse de la Amazonia.

¿Habrán alguien que dude de la índole terrorista de los Estados Unidos?

Los colombianos dignos estamos convencidos, por experiencia propia de esa verdad, tanto como de que Álvaro Uribe y la oligarquía también históricamente lo han sido y por eso tenemos el derecho de luchar, con las armas y por otros medios, para conquistar nuestra paz, con soberanía y justicia social.

Todos los pueblos que soñamos con un mundo mejor, los que están construyéndolo, tenemos el derecho inalienable de luchar contra el terrorismo y por la justicia y la paz.

